

La comunión cristiana

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - El llamado del cristiano 3

2 - Las cosas en las que tenemos comunión 4

3 - Las grandes ventajas 4

4 - Los grandes principios de la comunión fraternal 5

5 - El gran obstáculo 7

6 - El remedio al sectarismo 8

«Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1 Cor. 1:9).

1 - El llamado del cristiano

Todo cristiano ha sido llamado por el Evangelio a la gloria eterna, y esa gloria es tan segura como el amor que nos trajo el Evangelio. Pero por ese mismo Evangelio, hemos sido llamados a la comunión cristiana, y debemos ocuparnos de ella con todo nuestro corazón: esa es la tarea de toda alma que ha recibido el Evangelio, aunque muchos cristianos parecen no pensar nunca en ello. Son muy conscientes de todas las obligaciones que les imponen sus ocupaciones terrenales; pero el llamado de Dios, su vocación divina, parece haber escapado a su atención; en consecuencia, pasan por alto lo que Dios se propone para ellos y los grandes privilegios que ello conlleva. Es posible que imaginen que, dado que sus pecados han sido perdonados y están seguros de ir al cielo, pueden elegir la comunión que más les convenga, en lugar de ver que el mismo corazón que concibió el Evangelio para su salvación también formó la única comunión en la que deben caminar de ahora en adelante.

Esta comunión no está formada ni mantenida por unas normas humanas: está establecida en la vida divina y en el poder del Espíritu Santo, por lo que las limitadas disposiciones eclesíásticas solo pueden obstaculizar e impedir su plena expresión y desarrollo. 3 cosas son necesarias para ella:

1. Un único objeto que lo controle todo, fuera de este mundo –ese objeto es Cristo.
2. Un solo Espíritu divino que mora en nuestro interior para fijar los ojos de todos en ese Objeto.
3. La búsqueda de las cosas relacionadas con Cristo, en la tierra.

Cristo, que está fuera de este mundo y lo controla todo, nos liberará del egocentrismo. El Espíritu que mora en nosotros proporciona el vínculo vital e inquebrantable entre todos los miembros, de modo que formamos un solo Cuerpo. La búsqueda de las cosas relacionadas con Cristo nos hará luchar juntos en la fe y el amor por el bien de todos.

2 - Las cosas en las que tenemos comunión

Las cosas en las que tenemos comunión, o que compartimos en común, no son de este mundo y no pueden ser comprendidas por la sabiduría del hombre. Están completamente fuera del alcance de lo más elevado que el hombre puede concebir, porque está escrito: «Lo que ojo no vio, ni oído oyó, y no subió al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que lo aman» (1 Cor. 2:9). Son las cosas de Cristo, las profundidades de Dios, las cosas benditas que han estado ocultas desde los siglos en Dios, y que los ángeles se sentirían honrados incluso de contemplar: estas cosas, las mejores que el Dios eterno puede revelar, están abiertas a nuestras almas en una gracia infinita, porque «Dios nos las ha revelado por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, incluso las cosas profundidades de Dios» (1 Cor. 2:10).

3 - Las grandes ventajas

Todos somos iguales en participar en estas cosas, el creyente más avanzado no puede pretender tener una parte mayor que el más joven: Puede que haya comprendido mejor su valor, que haya penetrado más profundamente en su inmensa extensión, pero las cosas que ha aprendido son para todos, y si un cristiano comienza a acumular lo que ha aprendido como si fuera su tesoro particular, perderá inmediatamente el gozo, porque Dios ha dado a todo cristiano el derecho a todas estas cosas; y, en verdad, en este ámbito: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza» (Prov. 11:24).

La comunión cristiana puede compararse, pues, con una sociedad (teniendo siempre presente que existe un vínculo vital a través del Espíritu que mora en nosotros); una ilustración puede ayudarnos a comprenderlo. 3 hombres se asocian a partes iguales en un negocio, se van a hacer negocios, uno al norte, otro al sur y el tercero al oeste. Al cabo de un tiempo, regresan a la sede central: el primero no ha tenido éxito y le acecha el temor de un fracaso total; el segundo llega después de una experiencia similar y con el mismo temor; pero finalmente entra el tercero, con el rostro radiante y con buenas noticias que anunciar, porque su éxito ha sido fenomenal. Obsérvese que sus socios recuperan el ánimo, ¿y por qué? Porque su éxito es el de la empresa que comparten a partes iguales, y en lugar de que este éxito produzca envidias o divisiones entre ellos, todos se regocijan juntos.

Así es; ningún cristiano puede reclamar que tal cosa de Cristo sea de su exclusiva

propiedad; se da primero para el gozo de su alma, pero se da para el bien común de todos; de modo que si un cristiano, que no ha avanzado mucho en las cosas de Dios, se encuentra con otro que ha prosperado en estas cosas, el resultado de este contacto será un gran despertar del corazón y un refresco del alma. Que Dios nos impulse a asumir nuestras responsabilidades en este ámbito, para que conozcamos el gozo de distribuir, transmitir y participar juntos en las cosas que son la vida misma de los cristianos, «para que no haya división en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos por los otros. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro recibe honor, todos los miembros se alegran con él» (1 Cor. 12:25-26).

4 - Los grandes principios de la comunión fraternal

Los 3 grandes principios de esta comunión fraternal se nos presentan desde el principio del tema, en 1 Corintios 1:9; son:

1. *La santidad.*
2. *El amor.*
3. *La sumisión al Señor.*

La **santidad**, porque Dios, que nos ha llamado, es santo. El **amor**, porque se trata de la comunión con su Hijo, lo que nos lleva a una relación que existe en el amor divino y eterno. Y la **sumisión al Señor**, porque su Hijo es nuestro Señor.

La mayor parte de la Epístola (1 Cor.) está dedicada a la eliminación de los obstáculos a la comunión (la carne en sus diferentes aspectos), pero cuando se aborda el tema de la Cena (que, por nuestra parte, es la garantía constante de nuestra identificación con la muerte de Cristo, que dio origen a la comunión), estos 3 principios destacan de manera llamativa.

En primer lugar, la *santidad*. La muerte de Cristo fue la plena expresión de la santidad de Dios; se manifestó en toda su intensidad cuando Aquel que es sin pecado tomó sobre sí la condenación del pecado y de la carne; en ese terrible momento, tuvo que exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Y él mismo dio la respuesta a esa pregunta: «Pero tú eres santo» (Sal. 22:1, 3). En la muerte de Jesús, entramos en contacto con la santidad de Dios como en ningún otro lugar, de

modo que, al comer la Cena, se nos exhorta a examinarnos, a juzgarnos a nosotros mismos y así comer (11:28). Pero lo que era la plena expresión del horror de Dios hacia el pecado y todo lo que somos en la carne, era también la expresión de su gran amor por nosotros, un amor que muchas aguas no podrían apagar, el amor incondicional de Dios. Luego viene la Cena del Señor, y es por la Palabra del Señor que la hemos recibido (11:20, 23).

En los capítulos siguientes, se ve esta comunión en funcionamiento. El capítulo 12 habla del Cuerpo formado por el Espíritu de Dios (v. 13), y el Espíritu Santo se menciona 11 veces en los primeros 13 versículos, de modo que la santidad se sitúa en el umbral mismo de la comunión. El capítulo 13 trata del amor; es el espíritu y el carácter de la vida que pertenece al Cuerpo como siendo de Dios. El capítulo 14 termina con estas palabras: «Si alguno piensa ser profeta o espiritual, reconozca lo que os escribo, porque es mandamiento del Señor (v. 37).

No puede haber comunión según Dios sin estas cosas, y es el hecho de ignorarlas lo que ha llevado a la terrible confusión de la cristiandad, que todos los que aman al Señor Jesús deben lamentar. La santidad es la base de todo; tenemos que juzgar el mundo, la carne, el pecado y todo lo que ha sido sometido al juicio de Dios en la cruz de Cristo; si somos débiles en esto, fallaremos en el llamamiento de Dios. Pero la santidad no es solo una cuestión de separación externa del mal (aunque lo incluye), es algo interno, una cuestión de naturaleza. Significa una verdadera separación del corazón de lo que es malo; el odio a la iniquidad y el amor a la justicia; y es por este carácter de la nueva naturaleza, la naturaleza divina, que escapamos de la corrupción que hay en el mundo por la codicia (2 Pe. 1:4). Pero el *amor* es tan esencial como la santidad, es el vínculo perfecto; bajo su poder, estaremos dispuestos a dar nuestra vida los unos por los otros, hará que los fuertes soporten las debilidades de los débiles, y que cada uno busque el bien de todos.

Por último, la *sumisión al Señor* es necesaria para que cada miembro pueda trabajar en armonía con los demás, y para que cada uno pueda ocuparse seriamente de su propio servicio en lugar de juzgar y encontrar defectos en los demás, lo cual es la causa de muchas rupturas de la comunión práctica.

5 - El gran obstáculo

La carne siempre se opone a estos principios; puede ser legal, pero no conoce la santidad; es totalmente egoísta y no conoce el amor; no está, ni puede estar, sometida a la voluntad del Señor. Por lo tanto, es el gran obstáculo para la comunión cristiana, y se revela en sus diversos aspectos en esta Epístola. Las divisiones, la arrogancia, la codicia, la autoafirmación, la agitación, los excesos y la indiferencia hacia los demás, todas obras de la carne detestable estaban activas en la asamblea de Corinto; son los frutos de la carne, ya sea en el primer siglo o en el siglo 21. Pero el aspecto más destructivo para la comunión es el primero (legal), porque es ahí donde se entromete en las cosas divinas; y en esta forma es más sutil que cualquier otra, por lo que el apóstol lo pone en primer lugar y lo menciona 3 veces (1:10; 11:18; 12:25).

No creamos que el sectarismo solo se manifiesta donde se confiesa abiertamente; un sectarismo interior, el que está en la mente, aunque se niegue verbalmente, es mucho peor, porque añade el pecado de la hipocresía al de la división. En Corinto no había una ruptura abierta, pero en la asamblea el diablo había logrado, mediante la acción de la carne, destruir la unidad y la comunión prácticas. Decían: «Yo soy de Pablo», «yo de Apolos» «yo de Cefas».

Estos siervos del Señor representaban los 3 dones que permanecerán en la Iglesia hasta el fin. Pablo era sin duda evangelista, ya que habla de sí mismo como el que plantó, que es la labor del evangelista; Cefas era pastor por la propia misión del Señor ([Juan 21:15-17](#)); y Apolos era maestro, ya que era «versado en las Escrituras» (vean [Hec. 18:24](#)), siguiendo a Pablo en su trabajo y regando lo que él había plantado, que es la labor del maestro. Sin embargo, en lugar de aceptar a estos siervos del Señor y aprender a través de su ministerio las diversas formas en que se puede conocer a Cristo, (1) como expresión de la compasión del corazón de Dios por el mundo, (2) su tierna solicitud por las ovejas de su rebaño, (3) como la Verdad en la que nuestras almas pueden estar edificadas, hicieron de sus preferencias ministeriales escuelas y sectas.

En el capítulo 3, Cefas es dejado de lado, porque la mayoría de la gente está dispuesta a apreciar la labor del pastor, y la gran división se encontraba entre los que se negaban a aprobar el ministerio del evangelista y los que pensaban que se podía prescindir del maestro, o los que se inclinaban por uno u otro ministerio. En su locura, imaginaban que eso era una señal de su espiritualidad, pero el apóstol muestra de la manera más mordaz que era la prueba de su grosero estado carnal. ¡Ah, cuánto se parecen los cristianos de este siglo 21 a aquellos corintios, y cuánto

ha logrado Satanás, a pesar de las advertencias de la Palabra de Dios, reproducir de nuevo los pecados del primer siglo! Que Dios conceda la gracia del arrepentimiento por esta grave desobediencia hacia Él, y libere a los suyos de gloriarse de lo que es su vergüenza y una señal segura de que camina en la carne y no en el Espíritu.

6 - El remedio al sectarismo

Es muy útil ver cómo reaccionó el Espíritu de Dios ante esta situación. Les presentó lo que la gracia de Dios había hecho de ellos; así se dice en el capítulo 3: «Sois labranza de Dios», «edificio de Dios» (vean 3:9), «Sois el templo de Dios», «Sois de Cristo» (v. 16, 23). Cada una de estas afirmaciones excluye la idea de división, pero ninguna es más completa que la primera.

Hay un gran valor en la idea de que los santos son la labranza de Dios: Él es el Maestro Jardinero, ellos son todas las plantas de su jardín; y él cuida de sus plantas con infinita ternura.

Su gracia quiere que prosperen y den los preciosos frutos y las fragantes flores de la vida de Jesús, y todas sus relaciones con ellos tienen este objetivo en mente; puede que tenga que cortarlas y podarlas, puede que tenga que someterlas a muchos procesos desagradables para la naturaleza, pero todo ello tiene un único objetivo.

¿Somos nosotros objeto del cuidado especial de Dios, los lirios de su jardín, plantados por su gracia para producir lo que le agrada? Entonces, con qué gratitud disfrutaremos de *todas las* disposiciones que él ha tomado para nosotros en su sabiduría eterna. Si, en un jardín, una planta pudiera rechazar el agua porque tiene sol y aire, o el sol porque tiene agua en abundancia, ¿no se marchitaría? Lo mismo ocurre con las cosas divinas; el cristiano que imagina que puede prescindir de las verdades relacionadas con el ministerio especial de un evangelista, de un pastor o de un maestro, sufrirá una gran pérdida espiritual.

Pero si cada cristiano se considera individualmente como una planta del jardín de Dios, también debe considerar a todos los demás cristianos de la misma manera; entonces sus relaciones con todos los que están en el Señor serán de lo más tiernas, y temblará ante la idea de herir a uno, por débil que sea, porque existe el peligro de hacer perecer a un hermano débil por el cual Cristo murió, y al hacerlo, «contra Cristo pecáis» (1 Cor. 8:11-12). En lugar de herir, buscará ayudar a todos, y el inestimable privilegio de ayudar y refrescar las queridas plantas del Señor está al alcance

de todos. Un dulce poema lo muestra:

*«El Maestro estaba en su jardín
Entre sus hermosos lirios,
Que su propia mano había plantado
Y arreglado con el más tierno cuidado;
Miró sus flores blancas como la nieve
Y observó con atención
Que sus flores se marchitaban tristemente
Y que sus hojas se secaban».*

Así que buscó un recipiente para regar sus preciosas plantas y encontró un jarrón de barro a sus pies. Lo llevó a la fuente, lo llenó una y otra vez y vertió el agua refrescante sobre los lirios que tanto le gustaban, hasta que revivieron, levantaron la cabeza y volvieron a esparcir el dulce perfume que tanto le gustaba. Ese diminuto recipiente se alegró de haber sido útil para Él y se dijo: “Me quedaré cerca de sus pies en el camino, quizá algún día me vuelva a utilizar para regar Sus lirios”.

Con este pensamiento, podríamos relacionar 3 pasajes de Proverbios:

«Como el agua fría al alma sedienta, así son las buenas nuevas de lejanas tierras» (25:25).

«El que saciare, él también será saciado» (11:25).

«Como frío de nieve en tiempo de la siega, así es el mensajero fiel a los que lo envían, pues al alma de su señor da refrigerio» (25:13).

Es obra de Dios y no del hombre, pero dichosos son aquellos que se liberan de la locura y los prejuicios que dividen, para ponerse a disposición de Dios para su obra en medio de su labranza.